
Sanando el agua

Este documento fue elaborado por Conservación Amazónica - ACEAA en el marco de las actividades de investigación, difusión y sensibilización que se vienen desarrollando en el Área Natural de Gestión Integral de la Cuenca del Arroyo Bahía - ANGICAB en coordinación con el Gobierno Autónomo Municipal de Cobija.

Elaboración de historia: Carla Ramírez, Jessica Yepez, Gabriela Aguirre, Indyra Lafuente y Natalia Gil
Ilustraciones: Alexandra Ramírez
Diseño y maquetado: Natalia Gil Ostria

ISBN: 978-9917-626-05-3
Depósito Legal: 6-13-2040-2023

2023
Implementado por:

CONSERVACIÓN Amazónica ACEAA

ANDES AMAZON FUND

Parte 1. El misterio de Ena

Al norte de Bolivia se encuentra Cobija, la Perla del Acre, una ciudad amazónica que fue el escenario de la batallla de Bahia, librada en 1902 durante la guerra del Acre. Cerca de esta ciudad se encuentra el Arroyo Bahía, un arroyo generoso por la vida que brindan sus aguas a todo ser viviente en su trayecto.

Una tibia tarde, Saúl y su hijo Bruno que acababan de llegar a Cobija después de varios años, se dirigían hacia el arroyo cargados de sus cañas, baldes y anzuelos. La misión sonaba sencilla: conseguir pescados para fritarlos al día siguiente. Saúl solía ser un experto pescador cuando era niño, atrapaba 6 o 7 pescados para su familia. Durante las horas de pesca, disfrutaba la calma del arroyo y esperaba que los peces mordieran el anzuelo. Recostado sobre la hierba en la quieta espera, observaba aquel lugar lleno de vida y mientras el sol caía, sus enormes ojos examinaban las ramas de los árboles que albergaban a las aves cantoras. Ocasionalmente un pequeño mono bajaba de los árboles para fisgonear su mochila y llevarse algo sin que Saúl pudiera percatarse del hurto.

Esta vez, enseñaría a su hijo Bruno de 12 años a pescar, transmitiendo su experiencia adquirida hace ya tantos años. Siguiendo la senda, sus pasos los habían llevado cerca del desemboque del Bahía al río Acre, al fin habían llegado; sin embargo, todo era muy diferente al recuerdo que tenía Saúl, los gigantes guardianes del arroyo no estaban, esos árboles de troncos hermosos habían sido retirados quien sabe a dónde, quedando algunos en pie como viejos testigos de un hermoso paisaje.





- ¡Aquí es!, exclamó Saul, mientras ambos se sentaban, -el secreto está en no hacer demasiado ruido, pues los peces se espantarán – dijo en voz baja. En silencio, Bruno imitaba lo que su padre hacía con sumo cuidado, no quería cometer ningún error, para hacer sentir a su padre muy orgulloso de él.

Las cañas listas y a la cuenta de tres ambos lanzaron la punta hacia el arroyo,

- Ahora solo queda esperar, dijo Saul. Las horas pasaban lentas y nada se asomaba si quiera a los anzuelos, más de 3 veces las revisaron "¿Qué podría estar fallando?"

- se preguntaba Saúl, cada minuto parecía más distante para que algún pez cayera en el balde.

Después de varias horas de espera, Saúl se dio por vencido, recogió sus cosas y poniéndose en pie, dijo

– Al parecer los peces decidieron no venir hoy, ¡Vamos pue! Retornando a casa nadie dijo nada; sin embargo, Bruno notó la tristeza de su padre, aquel lugar no se veía tal como lo había descrito en tantas ocasiones cuando relataba su infancia en el arroyo y sus alrededores.

Acostado en su cama, Bruno pensaba en lo acontecido, era ilógico que su padre lo llevara a un lugar donde había pescado de niño y esa mañana no se asomó ni un solo pez. Algo tiene que haber pasado con los peces.

- ¿Se los habrán comido a todos y no quedó ni uno solo? - pensaba Bruno - O quizá una gigantesca boa vive en el arroyo y los peces que no han sido comidos escaparon por miedo.

De todos modos, no tenía sentido ir a pescar a un lugar donde no hay peces, pensaba mientras daba vueltas en la cama, para su último parpadeo se dijo así mismo: ¡Mañana averiguaré dónde están los peces!





Muy temprano, cuando el sol asomaba tímidamente sus primeros rayos por las copas de los árboles, Bruno comió un trozo de pan de arroz, tomó un delicioso vaso de asaí y rápidamente cogió su morral.

- ¿A dónde vas tan apurado?, preguntó su madre.

– Vuelvo pronto mamá, voy al arroyo – respondió Bruno cerrando la puerta.

Velozmente se dirigió por la ruta que unas horas antes había tomado con su padre, estaba decidido a encontrar a los peces o la causa de su ausencia. Llegó a la desembocadura, y al sitio donde horas atrás estuvo con su padre esperando pescar. Se asomó y observó que los peces aún no estaban, entonces decidió ir arroyo arriba, siguiendo el curso hasta encontrar la naciente.

En su recorrido observó que, en grandes trechos, las orillas no tenían árboles, se habían convertido en pastizales. Además, el agua cambiaba de color, era más turbia y el olor no era muy agradable. Bruno no daba tregua, aceleró el paso y notó que el arroyo se volvía cada vez más delgado, perdía cuerpo y caudal, entonces pensó que estaba cerca de su destino.

A lo lejos observó a una delgada mujer sentada en la orilla con sus pies sumergidos en el arroyo. Tenía la piel morena, pero de alguna forma parecía traslúcida, sus ojos tenían un hermoso brillo dorado que recordaba al sol, aunque tenían un aire triste. Sus largos cabellos, negros como la noche, parecían flotar como si estuvieran sumergidos en el agua. Era hermosa, pero parecía enferma y Bruno no podía evitar sentirse triste al verla. Él se acercó y dijo tímidamente:

-Buen día señora...me preguntaba si usted sabe si este es la naciente del arroyo Bahía.

-Buen día niño. Así es, esta es una de mis nacientes, mi nombre es Ena y vivo en los ríos, lagunas, meandros, ojos de agua y nacientes.

-Entonces usted podría ayudarme, estoy investigando por qué no hay peces en el arroyo, mi padre me contó que cuando él era niño aquí había muchos peces, y grandes árboles. Llegamos hace dos días de Santa Cruz de la Sierra y en este lugar nada de lo que relató mi padre existe, hasta parece mentira.

-Tu padre no miente, hace un tiempo no muy lejano todo este bosque era el lugar favorito de parabas y grandes mamíferos; la vegetación otorgaba una alfombra viva donde los árboles crecían imponentes como protectores del lugar, equilibrando el ecosistema y el ciclo del agua.

Bruno no comprendía qué tenían que ver los árboles y las plantas con el agua o la falta de peces, Ena muy pacientemente le explicó que los árboles son muy importantes para mantener el aire y el agua limpios.





-Los árboles - decía Ena- toman el dióxido de carbono del aire y lo separan en carbono, que utilizan como energía, y en oxígeno que liberan aire para que tú y todos los seres lo respiren. También ayudan con la retención de agua, es por eso que, en tiempo seco, cuando no hay mucha lluvia, estos ríos mantienen una corriente de agua. Además, como los árboles utilizan sus raíces para tomar nutrientes del suelo, actúan como un filtro, así el agua que viaja por el suelo y se topa con grandes porciones de árboles sale más limpia.

- Es decir, dijo Bruno, que como no hay árboles ¿El agua está más sucia en el río? ¿Por eso no hay peces?

– Lamento decirte que hay muchos responsables por la falta de peces, algunos son muy peligrosos y dañinos.

- ¿Peligrosos? ¿Usted sabe quiénes son? ¿Dónde están? – preguntó Bruno.

– La respuesta es muy sencilla, no son grandes animales, pero utilizaron maquinaria para quitar casi todos los árboles, ellos me protegían y juntos vivíamos en equilibrio. La humedad que salía de la evaporación de los ríos y de la transpiración de las hojas de todas las plantas, subía al cielo donde formaban inmensas nubes y la lluvia caía nuevamente a la tierra, cada gota alimentaba al suelo, a las plantas, a los animales y yo era fuerte y feliz. Hace mucho tiempo noté que se llevaban parte de las aguas de los arroyos y metros delante el agua retornaba contaminada y con olor desagradable. Entonces los peces no pudieron adaptarse y comenzaron a morir.

Bruno escuchaba muy atento las palabras de Ena, estaba sorprendido porque jamás había relacionado el aire o la lluvia con los árboles. Vio como una lágrima descendía por la mejilla de Ena.

– Me siento muy cansada ahora, debo irme. Ven a visitarme alguna vez, necesito más amigos que puedan ayudarme – Añadió Ena y desapareció.

Bruno comenzó el viaje de retorno a su casa, notando la ausencia de árboles, “los guardianes” como los llamaba su padre, pues en esos tramos el calor era sofocante. También notó que había potreros y cultivos con casi ningún árbol, y hasta podría jurar que vio una fábrica o algo parecido vertiendo agua sucia al río e incluso un botadero de basura. Entonces pensó:

-No quedan árboles que filtren el agua, con razón los peces desaparecieron.

Al entrar a su casa vio a su padre, quien se disponía a salir para buscarlo pues ya estaba anocheciendo.

- Papá, papá ya volví – dijo Bruno. Ya sé por qué no pescamos nada y por qué el arroyo agoniza.

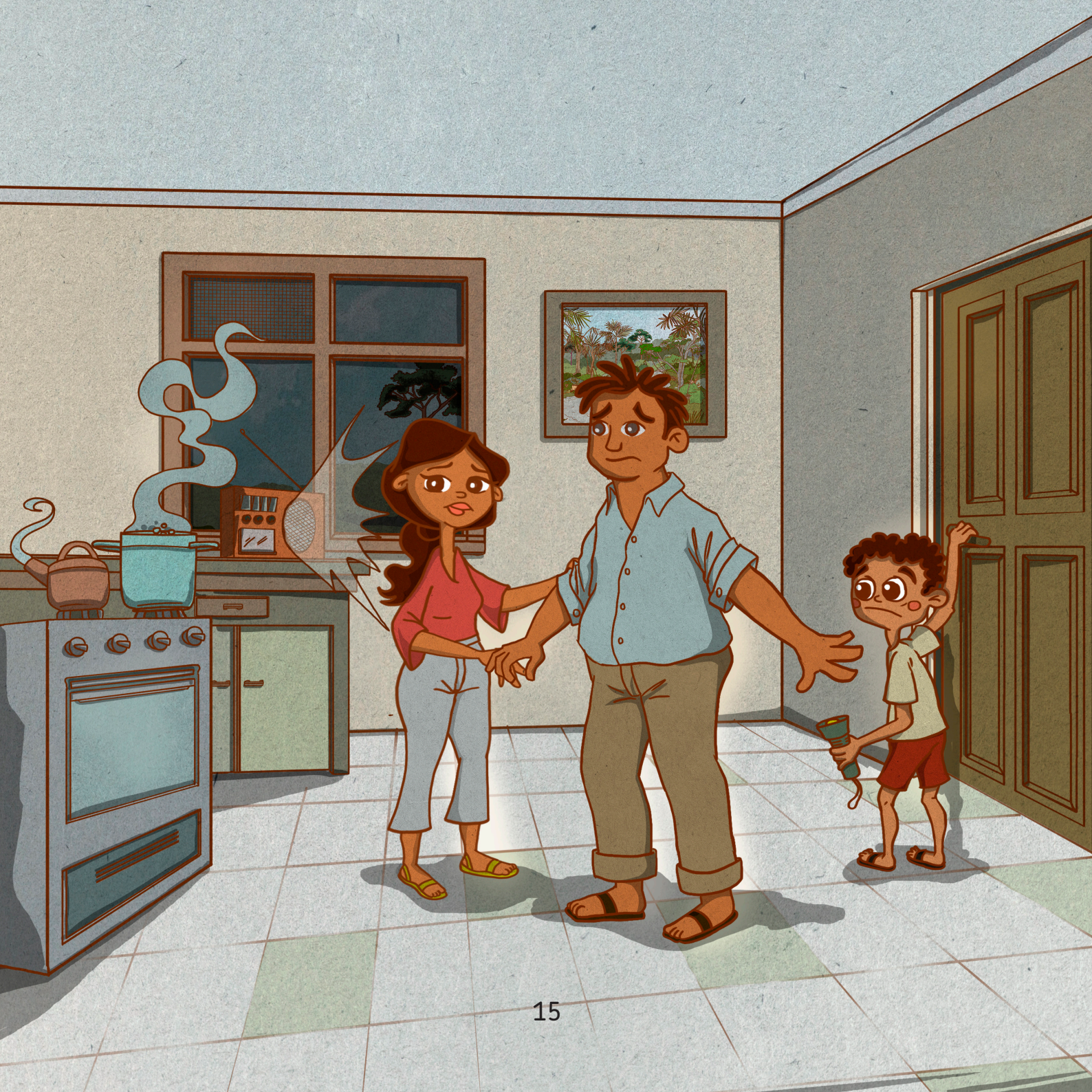
En ese preciso momento se escuchó en la radio,

- Alerta roja en la ciudad, por escasez de agua, se habilitarán puntos de distribución. El arroyo ha reducido a su mínima capacidad, las autoridades analizan la pronta atención a la emergencia. Se pide a la población no entran en pánico y reducir el uso de agua.

Entonces Bruno entendió que el arroyo que agonizaba era el que alimentaba toda la ciudad y que, sin darse cuenta, el daño que tenía lo habían causado las mismas personas que dependían de él, el crecimiento poblacional de la ciudad, la instalación de industrias y de nuevas actividades en los últimos años habían provocado el deterioro ambiental. Bruno recordó también la importante conexión entre el bosque y el agua, y la tristeza de Ena. Buscó la linterna, y se dispuso a salir nuevamente. Su padre exaltado por las noticias le preguntó a donde se dirigía a esa hora.

- Es urgente papá, necesito ayudar a mi amiga Ena.

- ¿Quién es Ena?



Continuará...





Cobija
Te cobija
GOBIERNO AUTÓNOMO MUNICIPAL

Cobija
corazón amazónico